



VALLÉS

SEMANARIO DE F. E. T. Y DE LAS J. O. N. S.
SEGUNDA ÉPOCA DE "ESTILO"

AÑO III

GRANOLLERS, 13 Diciembre 1942

NUM. 114



Nos sentimos fuertes y seguros, despiertos y vigilantes; nos asiste la fuerza de nuestra verdad y nos respalda la realidad de nuestra fuerza.

(FRANCO, ante el III Consejo Nacional)

EDITORIAL

NORMAS SUPREMAS

EL discurso pronunciado por el Jefe Nacional en el 3^{er} Consejo Nacional ha sido de gran trascendencia, pues rebasando los ámbitos nacionales transmitió al mundo la perfecta serenidad de un estadista que ve a través de los años claramente, el cauce histórico que ha de recoger y aprovechar la fuerza social y espiritual de todos los hombres. El Caudillo, vidente extraordinario, alcanzó con su inteligencia a definir la marcha de los acontecimientos y el desenlace lógico, basado en una razón elemental de fuerza anímica, de verdad incontrastable que salta a la vista de quien pudo aprender en la realidad que el alma puede brincar a por el triunfo sobre la materia, que la gente con el corazón joven y las ideas claras y nobles, puede con la gente apegada a una senectud moral, turbia de pensamiento, floja de acción. Por eso las órdenes dictadas para los españoles han sido para una conciencia nueva, juvenil y operante formada ante la hipocresía y la ineficacia de los viejos sistemas que dieron, rebotando de falsedad en falsedad en imperialismos comerciales, capitalismo financiero y millones de parados. Para seguir adelante en la nueva etapa trazada con cuchillos—como ocurre siempre—hace falta la unidad, la superación, el trabajo. «La solución española funde lo social con lo nacional bajo el imperio de lo espiritual». O sea que la norma no puede ser más clara, más definitiva, de más significación: Dios rigiendo el espíritu de los hombres; Patria, llenando el corazón de cada ciudadano; Justicia social para todos y cada uno de los hombres sobre la tierra. No cabe programa más justo, de mayor particularidad y, a la vez, de mayor universalismo. Franco lo ha dicho: «No es distinto lo que piensan las masas populares de Inglaterra de las alemanas, no los insatisfechos de la vieja Europa de los desheredados de la Nueva América». Porque a todos les llena el alma esas tres ansias: Dios, Patria y Justicia social que Franco ha sabido levantar para engrandecer a su pueblo y para indicar al mundo el camino auténtico, camino de los más sólidos valores—como dijo recientemente—que podrán acaso, ser desoídos circunstancialmente, pero que han de durar y permanecer de manera inmutable.»

PENSAMIENTOS

Melancólico rincón

Ya las primeras hojas muertas broncean la tierra amarilla y lívida. Entre la arena suave y desmenuzada—mar—asemejan islotes de pequeñas dimensiones, esquema simbólico de un plano geográfico. Por entre el ramaje de los viejos árboles, se presiente más que se ve, la materialidad prosaica de unas casas de muchos pisos que, no muy lejos, son el aislante entre la aparente tranquilidad de este rincón melancólico, acaso algo sombrío, y el vértigo febril y desmesurado de la capital. No bastan las altas palmeras para ocultar este suave rincón a las miradas curiosas e inquisitorias del parduzco grupo de casas modernas que alzan sus azoteas para escudriñar, mejor, para profanar la delicada espiritualidad que resume de este melancólico rincón.

(Cerca suena una esquila de plata en un desfallecer de campanillas. El chirrido agonizante de un tranvía corta bruscamente el delicado silencio y empañía la brillante armonía del paisaje.)

Ni un pájaro. El melancólico rincón, aprisionado, manioteado por el torbellino ardoroso de la urbe, exprime su melancolía y tristeza en el alma de los que—acaso yo mismo—acuden a él como a un bálsamo tonificante y vigoroso, antidoto de la perversión moral, que se adhiere al contacto con la gris vulgaridad de casas y calles, tránsito, plazas y plazuelas.

(Suena, no lejos, una esquila de plata en un desfallecer de campanillas.)

Y, bruscamente, se cierra el paréntesis de tranquilidad ante las súbitas e interminables acometidas del tranvía.

El pájaro muerto

Nube entre ramas. Siete mariposas pasean su agonía entre las alfombras blancas de la madrugada. La luna galopa por el cielo, blanca, y envuelta ya entre flores de almendro que se desdibujan lentamente, y, entre flores de granado, rojas como los labios rojos y sedientos que beben el amor en el deseo, camina despacio y majestuoso el dorado

Príncipe de fuego, de luz, de claridad diurna.

Y ya está ahí Ruiseñor—a tal señor, tal honor—para saludarle, para aclamarle con su voz quebrada en chorros de argentinos sonos. Ruiseñor canta y Ruiseñor ríe y ama y sufre y todo hace para que la melodía de sus notas suba por el aire transparente, en una escala de

LA REEDICIÓN DE MENÉNDEZ Y PELAYO

EL triunfo de los ideales genuinamente españoles en nuestra pasada contienda trajo forzosamente el resurgimiento, puro y sin mezcolanzas, de los valores más altos de nuestra cultura y de nuestra ciencia. Y con ellos, y en primer lugar, la obra de Menéndez y Pelayo ocupó como era de justicia el punto más alto de nuestro pensamiento y se convirtió en el guión de nuestro renacimiento intelectual. En plena lucha, cuando la juventud cerraba los libros y recogía las herramientas para empuñar el fusil, en retaguardia se lanzaban libros divulgadores de la personalidad y la obra de Menéndez y Pelayo, con el haz de flechas en la portada y por colofón aquella frase lapidaria: «Una manu sua Faciebat opus et altera tenebat gladium».

Pero nuestro resurgimiento espiritual no podía satisfacerse con empresas de este tipo que, si bien meritorias, no daba más que una vaga idea de la labor política y científica del maestro. Por otra parte, las obras de Menéndez y Pelayo, a pesar de los intentos siempre tristemente fallidos de reedición conjunta, había desaparecido de nuestro mercado. Las «Ideas estéticas», los «Heterodoxos», la «Antología de poetas líricos», la «Ciencia española» e infinidad de otras obras cumbres se hallaban agotadas y sólo por raro azar aparecían en el mercado de libros viejos.

Ante tales hechos, nuestra máxima institución cultural, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, emprendió, llegada la paz, el monumento que España debía a uno de sus mejores hijos: la Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez y Pelayo. Y ello no sólo es un deber tradicional ineludible, sino al propio tiempo el modo de dotar a nuestra generación del elemento más imprescindible para la comprensión y el estudio del pensamiento español, para el cual la obra del maestro es absolutamente básica e indispensable.

El Consejo Superior de Investigaciones Científicas inició la edicación de las obras completas de Menéndez y Pelayo en 1940; desde aquella fecha ha editado

hasta doce gruesos y apretados volúmenes, de limpiay clara impresión, que abrazan la publicación íntegra de la «Historia de las ideas estéticas en España» y de los «Estudios y discursos de crítica histórica y literaria». No es preciso encarecer el acontecimiento bibliográfico que la publicación de las «Ideas estéticas» representa, que por sí sola ya sería digna de los mayores encomios y del más cordial agradecimiento por parte de tantos estudiosos que esperaban la ocasión de poderla incluir entre sus libros, máxime en las extraordinarias condiciones económicas que se ofrecen. Los «Estudios y Discursos de crítica histórica y literaria» tienen en esta nueva Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez y Pelayo el gran valor de constituir en cierta manera una considerable aportación a la bibliografía del maestro, pues su materia queda triplicada con relación a los «Estudios de crítica literaria» que su autor publicó de 1884 a 1908, ya que ahora se han añadido una serie de artículos de revistas de difícil hallazgo, prólogos de obras ajenas y estudios diseminados y en parte virtualmente desconocidos.

El camarada José Ibáñez Martín, Ministro de Educación Nacional, escribe el principio de la Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez y Pelayo: «El Ministerio, al publicarlas, recoge el anhelo de todos los pueblos de habla española y pone los primeros sillares del monumento más digno que a la memoria del Genio animador de nuestras dormidas energías puede elevarse». Con verdadera devoción debemos agradecer todos tan digna iniciativa, realizada con solvente criterio científico por Miguel Artigas Ferrando y Enrique Sánchez Reyes, cuyas son las siguientes palabras: «Los catalanes gozarán con las páginas en que se tributan elogios a sus pensadores, poetas y artistas por aquel gran sabio y gran español que se consideraba hijo espiritual de la Universidad de Barcelona y discípulo entusiasta de Milá, Llorens y Rubió».

MARTIN DE RIQUER

sonidos musicales, divino... Y Ruiseñor es feliz.

Y así como el órgano, que empieza con un tenue hilillo de música parecido al zumbido de una abeja y va creciendo, aumentando, hasta que termina en una explosión súbita de acordes inauditos y asombrosos, así también, de pronto, se oye un murmullo confuso, allá a lo lejos que se acerca, se aproxima, se va oyendo ya de un modo ostensible y cercano. Y el motivo: Unos niños y niñas que vienen corriendo por la vereda blanca y arenosa, suave y delicada como la piel de un lirio. Niños y niñas que en su alegría infantil, abren su música de alas para volar por las rutas claras y soñadoras de la cándida mañana.

Se oyen voces de plata, de oro, de cristal, de esmeralda y, ¿para qué más?, de ángeles terrestres de ojos azules y ca-

bellos rubios. Angeles, sí, ángeles de adolescencia infantil y sin mácula, ebrios de juventud y pureza, con su inocencia rebrillando entre las gotas del rocío.

La fiesta, algazara y confusión es ahora deliciosa en el rincón, antes humilde y solitario, del viejo Parque. La vida sonríe a través de la alegría resuelta y dinámica de los pequeños, toda virtud e inocencia. Llena de luz, la mañana ha desprendido su cabellera de oro viejo y, añorada ha dejado que la peinen a su gusto las risas áureas y melódicas de los niños. Y ha dejado que la infancia alborotada, juegue con sus finas hebras de oro, de claridad, de esplendor soñado y verdadero.

Y allá arriba en lo alto, entre las ramas, ha quedado muerto un pájaro pequeño, insignificante y esmirriado: el ruiseñor olvidado... — JUAN CERVELLON